



LA SALUD

recuperada en la naturaleza

INTERESA la lectura de nuestro libro que enviamos gratis á los que sufren enfermedades nerviosas, neurastenia, debilidad general y genital (impotencia), gata, reuma, dolor de riñones y cañada, parálisis, diabetes, obesidad, males de estómago, hígado é intestinos, estreñimiento, tos, asma, bronquitis, debilidad de pecho, predisuestos á la tisis, á los que tendrán dificultad en conciliar el sueño, que se levantan más fatigados que cuando se acostaban, y enfermos crónicos en general, cansados de tomar drogas y específicas que dañan el estómago, consulten nuestro libro sin demora si desean recuperar con seguridad y rapidez la salud perdida, que es la vida.—NOTA: Al pedir nuestro libro procuren indicar la enfermedad que se sufre.

Consultas y libros gratis. Pídanse al

INSTITUTO ELECTRO-TÉCNICO

Rambla del Centro, 12, 1.º, Barcelona (España)

Crónica

Austria-Hungría ante la paz

El telégrafo nos ha traído ayer de la lejana monarquía, que se hunde en el ocaso, un haz de noticias, sensacionales algunas, gravísimas otras, pero, como siempre, todas contradictorias.

Es un fatal destino de Austria-Hungría la de ser siempre en su vida diaria, como en las grandes ocasiones, de una falta de lógica inmensa. Del mismo modo que la constitución material del Imperio es un mosaico de 15 nacionalidades diversas, su alma nacional es multiforme y en absoluta contraposición en todos los actos de su vida.

La Monarquía del Danubio pide la paz o por mejor decir, un Gobierno que no sabemos si es el de Viena, el de Budapest, el de Praga o el de Agram, se rinde a discreción.

Al propio tiempo el Emperador Carlos, no sabemos si en nombre de Austria-Hungría o únicamente en nombre de Hungría sola, publica una proclama al ejército y a la marina ordenando a los soldados un último esfuerzo, su resistencia, las últimas batallas en fin.

En tanto las agencias periodísticas oficiales de Viena y de Budapest, por medida de orden interior evidentes, afirman—mintiendo—que se procede a la desmovilización del ejército austro-húngaro. Y diga mintiendo, porque el mismo Emperador en su proclama última ha puesto en ridículo tan fantástico *navard*.

Y a más del Emperador lo han desmentido los soldados austro-húngaros que en el Piave, aún no pudiendo resistir al ímpetu arrollador de las tropas italianas—ayer han sido hechos cerca de 10.000 prisioneros—combaten y se batan con desesperado ardor.

¿No han llegado aún a sus trincheras los ecos de la gran catástrofe interior, los lúgubres resplandores de sus casas ardiendo?

Evidentemente, durante algunos días aún, conocerán únicamente los edictos imperiales que invitan cínicamente a la muerte inútil, y por lo tanto la empresa del ejército italiano es ruda, e importantísimos los triunfos de hoy.

La Monarquía del Danubio—nadie lo ignora—se disgrega cada día más con fulmíneas rapidas. Sus ministros piden con premura la paz en Viena; en Bohemia, en Yugoslavia, por doquier la revolución asciende como una marea. Pero aún resiste Austria-Hungría como las viejas construcciones apuntaladas heridas por el tiempo que resisten a los terremotos y caen únicamente en las últimas sacudidas.

Pero esta que se tambalea y que tal vez hoy haya caído ya es la Austria-Hungría política, porque la militar aún no ha sido contagiada por la revolución interna y mantiene lejos de la patria, en el territorio enemigo su antiguo vigor y su tradicional disciplina.

Hoy más que nunca, mientras la guerra se va apagando, las dos caras de la Monarquía Danubiana aparecen en contraposición: una, la cara política toda arrugada por la vejez y contraída por el espanto de una espantosa convulsión; la otra, la cara militar, en sus duras líneas presenta aún el aspecto severo del Imperio austro-húngaro de Francisco José.

No es sin embargo esta anomalía a que hoy asistimos hija únicamente de un extraño destino, se debe principalmente al militarismo del tipo prusiano que ha decadido el organismo civil para reforzar el militar, que ha hecho sufrir hambre a las mujeres y a los niños, para dar cañones y uniformes a los soldados.

Psicología del paisaje

EL PASEO DE LAS CRUCES

Para estudiar la psicología de este paseo hemos de refregiarnos en nosotros mismos y meditar. «El hombre que sabe observar no se aburre nunca» ha dicho Alfredo de Vigni, dirigiéndose, naturalmente, a los que, educados en la escuela pesimista del formidable enemigo del romanticismo, saben que solo con el diálogo interior y la abstracción se puede lograr esa mirada amarga y profunda que nos permite ver en el ambiente y en las cosas algo que no habríamos descubierto los ojos del romántico fácilmente impresionable por la belleza exterior. El paseo de las Cruces, que tiene tantos encantos para el que, puesto a meditar, sufre y se aburre, los guarda infinitos para quien poniéndose a pensar goza hasta el punto de hallar belleza en el tedio y alegría en el aburrimiento de los demás, convencido de la razón con quien alguien ha asegurado—según cita Exoristo Salmestón—que es necesaria la tristeza del cielo para la alegría del alma.

Este barrío, poco a poco urbanizado, no ofrece, efectivamente, encanto ninguno, si no se recuerda su evolución, aquella glorieta pintoresca, ya desaparecida, y que tanta fama logró en su tiempo como célebre mentidero que alguien llamó en broma Congreso; el Asilo levantado hoy en su lugar; el Grupo Escolar, de reciente edificación; las paredes de la huerta que ha ido desapareciendo para dejar su sitio a los edificios precitados... Todo esto conserva el carácter del paseo, así como los bancos de tan rara y desusada forma, tan antiguos como la desaparecida glorieta, que tantas veces han sido cómplices de algún amorio protegido por la oscuridad, o han albergado en su interior al mendigo que, allí acurrucado, luchaba contra el rigor del frío.

A la entrada la ermita de la Soledad, en cuyo vanatillo oran un momento las damitas que por allí pasan; al final, el Grupo Escolar, junto al Asilo Cueste, el albergue del dolor y lenitivo de la miseria y el desamparo y, enfrente, como caprichoso contraste, la Plaza de toros, el monumento a la alegría, a la belleza y al bullicio que integran la hermosa fiesta, cuyo encanto y colorido tan envidiados en el extranjero han hecho que sea combatida con saña. Cercano el bullicio de un salón de baile. El eterno contraste de la alegría y el dolor, siempre emparejados en este vi-